La Reina del Sunshine Suites

Tú, Paty, con todos tus años ya lo sabías casi todo. Fue un mísero detalle el que te alejó de la victoria. La paciencia no alcanzó nada y el anhelo de asesinato culminó con la vivencia de la muerte.

Entraste al Sunshine a regañadientes, indignada por la decisión de tus hijos de vender tu casa. ¡Que Dios los pille confesados! Dijiste, sin mirarlos al despedirte. La banda de buitres que se hacían llamar familia te sacó de tu departamento en Alonso de Córdova a vista y paciencia de los vecinos. Por esto decías que, a diferencia de los otros viejos del hogar, no necesitabas estar ahí. Eras, más bien, la princesa encarcelada por truhanes.

Todo en ti hacía pensar que eras la reina que el Hogar necesitaba. Tu peinado de peluquería diario; tu traje monocromático de dos piezas, tus zapatos a juego y tus medias continuas eran la fascinación y envidia de los ancianos que te podían seguir con la cabeza. Pero, por sobre todas las cosas, eran tus dientes los que constituían tu corona. Esa hilera simétrica, que combinabas con unas elegantes patas de gallo, generaba la admiración de los discretos y la envidia de la corte. Tú lo sabías Paty, y por eso paseabas sonriendo por los comedores saludando, por el vestíbulo de recepción desfilando, por los jardines cotilleando o por el vacío gimnasio, espiando quién asistía a la *kine* y quién no.

Entendiste rápidamente que la jerarquía del Sunshine Suites era líquida, producto del recambio permanente de sus miembros. La cúpula no se ocupaba según rango de antigüedad, sino más bien de acuerdo a un indescifrable algoritmo ejecutado en los primeros días. Bastaron dos boleros de Los Panchos perfectamente ejecutados en las clases de baile para que fueras aceptada en el *petit bureau* del edificio. Éste estaba compuesto de solo dos monarcas: Don Jaime y la Lucy.

A Don Jaime lo conociste primero. Te pareció encarnar todo lo que debía ser *comme il faut*. Un porte alto vestido con terno planchado, formas caballerescas, voz grave y mirada tranquila (amplificada por lentes delgados) generaba un efecto hipnótico. Como remate, Don Jaime presentaba una tozudez imposible cada vez que el personal intentaba sentarlo en su silla de ruedas. Encarnaba en esos momentos una elegante *Résistance* contra las restrictivas medidas del hogar. La intimidad entre los dos se cuajó al descubrir su secreto cuando entraste a su habitación. Él, incómodo, intentaba evitarlo. Emanaba un hedor denso a fermentación.

-Sabe Paty, no me parece que ande entrando. Hoy no vinieron a aspirar y yo sé el problema que tiene con los ácaros.

-Don Jaime, no se moleste. Mire: con el pañuelo me tapo la nariz y *sanseacabó*.

-Si, si, tiene razón. Pase, este es mi nieto. Mírelo y listo, nos vamos al comedor.

-Don Jaime, ¿No siente ese olor? – preguntaste, con inocente voz incriminadora.

-No, no, nada. Es de afuera Señora Paty.

-Viene de su closet. Déjeme revisarlo, en el Hogar brillan por la falta de limpieza.

Ocultos dentro de los closets se acumulaban pilas y pilas de postres guardados. Jaleas, tortas, compotas, budines y frutas reposaban en distintos grados de descomposición. Abajo del todo, donde irían zapatos, habían pastillas sueltas: apiladas, desparramadas, coloridas y encapsuladas, era un tesoro de pastillas sueltas. Un pasado militar tortuoso explicaría la necesidad de guardar compulsivamente, pero bastaba ese secreto por ti guardado para que Don Jaime te temiera y admirara en partes iguales.

Por añadidura conociste a la Lucy. La molestaban por ser la polola de Don Jaime, cosa que le causaba más orgullo que vergüenza. Tenía una postura animada y vestía un chaleco gris apolotillado con un improbable chullo multicolor en su cabeza. Contrastaba de forma horrible con tu maquillaje estucado. Además, su insistencia en ocupar silla de ruedas en todo momento, pese a caminar perfectamente bien, generaba sospechas en el resto de los viejos.

Como no tenía nada que ver contigo se hicieron amigas al instante.

Tenían entre las dos un complemento especial: sus risas. La Lucy exhibía su agujereada boca con honestidad, reclutando todas las comisuras de la cara para alinear su rostro junto a esos cinco dientes estoicos que le quedaban. En contraste, tú abrías paso a una hilera de dientes blancos y disciplinados que invitaban a comprar Colgate. La risa de la Lucy contagiaba incluso antes de escucharla. Era inocente, genuina y se acompañaba de movimientos convulsos de sus brazos, sus piernas y su cuello.

No se entendía su amistad, pero la duplicidad formada regalaba entusiasmo al Sunshine. El baile que diste sobre la silla de ruedas de la Lucy logró que ganara la alianza naranja. La comidilla de los desayunos era especular sobre qué haría el triunvirato compuesto por ti, la Lucy y Don Jaime, en esas noches largas que se encerraban en las piezas. Todos pedían lo que ustedes pedían, alababan la comida que les gustaba y despreciaban lo que dejaban.

Eras una reina Paty, la reina que siempre quisiste ser. Los viejos estaban allí como entes que el mundo quiere extinguir, pero tú y la Lucy eran lámparas de cristal, vestidos de baile y noches de fiesta. Entre los tres se resistían a formar parte del mobiliario estable, a ser cambiados de pañal por el olor insoportable olor a orina seca o a ser tratados con condescendencia infantil. Organizaban las fiestas y las *matinés*. Le daban una vida rebelde a un sitio que solo se usaba como tránsito en una línea hacia la muerte solitaria.

Quizás fue esa misma vida que amabas la que no te permitió perdonar a tiempo. Sabías que habría sido distinto en cualquier otro momento, que cualquier otro día la Lucy no lo hubiese hecho. Sin embargo, las tribulaciones y el lamento te hicieron entrar de bruces en tu propio ocaso.

La celebración del aniversario de tu ingreso generaba expectativas. Flores, globos, mensajes, música y luces. Pasillos limpios, viejos mudados, ternos para todos y vestidos para ellas. Peluquería en la mañana y traje nuevo para la noche. Corrías de un lado a otro

encargándote de la decoración, mientras le pedías al personal que sacara fotos de cada detalle para enviárselas a tus nietas. Era tu entronización oficial y como emperatriz requerías que el Suites se acercara lo más posible a una catedral, aunque fuera de cartón.

Pero para ti la noche se trataba, especialmente, de lo que añorabas hace tanto tiempo y que llegaría con el postre: los duraznos con almíbar. Ese día se sentaron, como siempre, Don Jaime, la Lucy y tú. Ambos en sus sillas de ruedas compartían un almuerzo desabrido y conversaciones casuales. Tú necesitabas comentar la libación de la noche.

-No saben lo que son mis duraznos con almíbar. Son una institución familiar. Los duraznos son del campo. Me los mandó mi hija. Si, la misma hija que vive afuera, en Inglaterra. Los mandó a cosechar y el cuidador del campo me los trajo aquí mismo.

-¿Cómo los preparo? – te preguntaste a ti misma mientras acercabas la oreja a la boca de la Lucy, que se mantenía inmóvil – Se dejan remojando en vino la noche antes. Es vino especial, no vino cualquiera. También me lo trajo el cuidador. Al día siguiente se prepara el almíbar. Tiene que estar recién hecho el almíbar.

-¿Qué cómo se presenta? – preguntaste mirando a Don Jaime, quien daba vuelta a sus pulgares sin levantar los ojos – en plato hondo transparente. Se sirven los duraznos fríos, muy fríos, para luego mezclarlo con un almíbar tibio. Se juntan de manera exquisita lo fresco del durazno con lo acogedor del almíbar. Duraznos con almíbar. No saben lo que son mis duraznos con almíbar.

En la noche los viejos recibieron los duraznos con la indiferencia común a las comidas. Mientras los mismos de siempre hundían la cuchara en ese jugo de consistencia perfecta, quisiste dar un discurso de agradecimiento. Dudabas si comenzar con las palabras o bañarte en el placer de tu postre. Ese plato te esperaba ahí, te llamaba delante de ti para ser relamido. Te llevaste el plato a la nariz para olerlo antes de hablar. No lo resististe. Te abalanzaste sobre los duraznos al mismo tiempo que intentabas comenzar el discurso. Fue ese entusiasmo el que te atoró y te provocó un acceso de tos que anunciaba el comienzo de tu declive.

La Lucy comenzó a reír de su forma pegajosa. Su risa rápidamente se diseminó por todo el comedor, mientras los ancianos perdidos buscaban el origen de tanto ruido. El personal del hogar se tapaba la cara por vergüenza ajena. La Lucy no podía parar de mover su tronco al ritmo oscilante de su risa. Los otros residentes reían con la misma frecuencia. Al inicio tu estabas confundida. No lograbas ubicar el motivo de la carcajada. Intentaste sumarte a la algarabía, buscando la víctima de la diversión.

Entendiste la situación al fijarte en tu plato de duraznos: allí, magnificada por el almíbar, descansaba tu placa de dientes pulidos. Esos dientes que todos admiraban y que tú, a veces con desdén a veces con amabilidad lucías, no eran más que el producto artificial de una fábrica en China. Tu rostro, Paty, oscilaba entre distintas expresiones, buscando dar con un gesto ajustado que nunca llegó. Ese día fue el golpe de estado de tu breve reinado. La Lucy, como inocente edecán, siguió riendo, mientras lentamente tu caías de tu trono.

No soportaste la humillación. El verte despojada del aura mágica te obligó a encerrarte en tu pieza. Decidiste pasar tus noches y tus mañanas escondida en una habitación que detestabas por su alfombra verde. El olor fétido a encierro no te impedía insistir al personal para que acudiera constantemente. Ya por un dolor de cabeza, ya por quejas hacia la temperatura o, sencillamente, para que alguien fuera testigo de tu padecer. Lo anterior se potenció cuando supiste que podías solicitar visitas del médico.

-¿Es el médico o su ayudante? Lo veo bien jovencito.

-Mucho gusto Señora Patricia. Doctor Gómez para servirle.

-Hay tanto Gómez en Chile. ¿No serás algo de Eugenia Gómez de Campos?

-Si, muchos Gómez en Chile. ¿En que la ayudo señora Patricia?

-No creo que pueda ayudarme usted, joven. He visto ya tantos médicos y ninguno sabe lo que tengo. Unos me dicen esto y otros aquello. Unos me dan remedios y otros me los sacan. Yo sé que tengo algo.

-Entiendo ¿Y algo que le moleste ahora mismo?

-Necesito dormir. No puedo dormir. Nunca he podido dormir, pero tampoco nunca había tenido tanta necesidad de dormir.

-Le dejo algo para dormir Patricia, no es problema.

-Tengo una nieta que es médico ¿No la conocerá usted?

-Se lo dejo y la vengo a ver, me cuenta cómo le va.

Con la indicación del médico ya podías trabajar en el plan que preparaste en las noches insomnes en que recordabas el humillante episodio del destierro. Un envenenamiento sutil a la Lucy generaría la única venganza proporcional a la falta. Un método silencioso, de pocas huellas. Dormiría más allá de la cuenta y “murió de noche, sin dolor, dormida” diría el cura mientras tu lloras en el primer asiento. Un llanto sentido, notorio pero no escandaloso. La familia te consolaría a ti al verte como magdalena mientras disfrutas el regocijo que te iba a inundar como almíbar.

Aprovechando la indicación del médico, fuiste guardando hábilmente cada una de las gotitas indicadas de ese somnífero amargo que comenzó a traerte la auxiliar. Demorabas la toma para que, hastiada, tu cancerbero sacara su celular y desviara la vista de tu boca. En ese momento echabas el líquido en un frasco de colonia para luego quejarte por el sabor, por la inutilidad y por el malestar que te provocaba el medicamento. La auxiliar contestaba frunciendo los labios.

Para evitar mayores restricciones, fuiste complaciente con el turno de la mañana, cambiando tu oposicionismo por una sonrisa impostada cuando te traían el salpicado colorido de pastillas. Te las tomabas realmente animada por el plan maestro. Una vez llenado el frasco, esperaste la ocasión adecuada para clavar la daga líquida en el corazón de tu amiga.

Supiste que el día había llegado la mañana en que la Lucy se presentó en tu habitación. En su silla de ruedas acompañaba a la auxiliar a entregar los medicamentos. Sólo tú podías

interpretar esa sonrisa desplegada hacia tu cara. Era, evidentemente, un desafío, un relamido en las heridas abiertas de tu orgullo.

-¿Cómo está mi amiga?! – preguntó la Lucy con su boca escasa en dientes – te hemos echado tanto de menos en los bingos. Ya no son lo mismo sin ti.

-Mejor que nunca, esta enfermedad no me la va a ganar.

- ¿Qué tienes? Para mí que no es nada, deben ser los nervios. Yo sufro de mis articulaciones y de dolor de estómago todos los días.

- ¡Ojalá fuera algo así! – respondiste, alargando las vocales finales para acentuar lo leves que eran sus padeceres – tengo una enfermedad grave. Gravísima de hecho. Un malestar que ni siquiera tiene nombre. Tú sabes cómo es la medicina en estos tiempos, los doctores no saben nada. Antes el doctor Alessandri diagnosticaba pulmonías desde los pasillos.

-Yo los hallo bien buenos fíjate. Hay joven que anda por ahí que me encanta. ¿Te veo en la noche, Patita?

-Te veo comiendo, amiga.

No tolerarías tal humillación. Te menospreciaba de nuevo, dudaba de tu sanidad mental y que te trataba de Patita. Te enterraba una vez más.

Esa noche, como antes, fuiste a la mesa común del triunvirato.

-¡Puchas que te echamos de menos Paty! – dijo Don Jaime al verte – El carioca de a dos es una lata y Lucía es imbatible en las damas.

-Ya estamos de vuelta – contestaste – mejor que nunca.

-Y tan mal que te veías en la mañana – contradijo la Lucy – hace milagros ese jovencito.

-¡Quizás hasta resucite a los muertos – respondiste cínicamente. Aprovechando una mínima distracción de la Lucy ejecutaste disimuladamente el plan. *Alea iacta est.*

A la mañana siguiente estabas nerviosa, pendiente de las novedades del hogar. Para tu desconcierto, la auxiliar no dijo nada. Quizás no quería preocuparte. Por primera vez pediste el diario, yendo como buitres al obituario. Conocidos, conocidos de conocidos y un par de parientes. Ninguna Lucía. Quizás nadie había ido a despertarla, quizás seguía su cadáver en la cama, rígido, con la boca abierta, con un rictus serio. Prontamente te vestiste para el desayuno, procurando llevar negro para ser la primera en expresar el luto.

Entraste al comedor y palideciste: la Lucy sentada donde mismo, comiendo lo de siempre y hablando lo típico. Igual de viva o de muerta que todos los días. Comenzaste a repasar los sucesos del día anterior ¿Cometiste un error? ¿Te equivocaste de taza? ¿Le habrás echado perfume en vez de hipnóticos?

-¡No sabes cómo dormí Paty! – abrió el fuego Lucía – Como nunca, de corrido, reparador, habiendo soñado. Que maravilla

-No lo puedo creer Lucy. Es un milagro, milagro del niño médico seguramente.

-El niño Dios creo yo. Tantos años tomando dosis de caballo de medicamentos para dormir y ahora recién vengo a descansar.

-¿Tomabas medicamentos para dormir? ¿Hace mucho tiempo?

-De toda la vida. Me aumentaban y me aumentaban la cantidad. Me los cambiaban, me los subían, me los combinaban. Para mí que ya soy inmune a esas cuestiones.

Algo en sus ojos, en la comisura de los labios, en su postura inclinada hacia ti con te decía que sabía perfectamente que pasó. Qué detectó el parricidio antes que lo planearas. Comenzaste a sentir miedo. La llegada de Don Jaime solo aumentó la densidad del desayuno.

-Buenos días mis lolas – dijo, mientras se acercaba a ti, evidentemente preocupado. Con sus labios rozando tus oídos, y en voz baja, muy baja, te susurró -Sabe Paty, se me desaparecieron algunos frasquitos de mi closet. Los llevaba contados y hay varios que no están ¿De casualidad no habrá tomado alguno por equivocación?

Silencio de tu parte. La Lucy vuelve a cargar:

-¿Les conté que ahora soy la ayudante del Doctorcito? El muy galán me dijo que me veía tan bien que podría hacer más tareas en el hogar. Por supuesto que al inicio me resistí. Pero esa sonrisita, imposible decirle que no a la sonrisita.

- ¿Y en que consiste ayudarlo? – preguntaste, con voz temblorosa.

La Lucy se incorpora poderosa en su silla. Su figura se alza metros hacia el cielo. Te mira desde un trono en el Olimpo.

-Le ordeno los medicamentos y se los paso a la auxiliar – escalofrío – Todas las mañanas me despierto tempranito, armo los vasitos y se los voy dando uno a uno, residente por residente. A todo esto – te mira con los ojos inyectados en triunfo – tomas hartas cosas Patita. Ten cuidado. Imagínate la auxiliar o yo nos confundimos y te damos otras cosas o te dan más pastillas que las necesarias ¡Hasta te podrías morir de una intoxicación!

En tu velorio la Lucy lloraba como magdalena. Pidió decir unas palabras, pero a medio camino se quebró con una voz débil: “una amiga, de esas que ya no se ven...”. Bajó del ambón, casi desmayándose sobre su silla de ruedas. Don Jaime se levantó de la suya, cayendo de bruces al intentar contenerla.

Había un denso olor a incienso, velas prendidas y un par de viejitos desorientados haciendo aleatorios movimientos que recordaban una señal de la cruz. Tu hija, amorosa, envió una corona de flores desde el extranjero. Dicen que falleciste de un derrame o de un ataque cardíaco. Nadie iba a cometer la locura de pedir una autopsia, no en ese lugar en que la muerte estaba sentada en cada rincón.

Estragón.